

ESCENA XI

Calle.

OROZCO, FEDERICO.

OROZCO.

¿Has visto qué gente más fastidiosa?

FEDERICO.

Fastidiosos por agradecidos.

OROZCO.

Quita allá. No es para tanto. Cuando las acciones comunes se consideran actos dignos de alabanza, es que el nivel moral desciende hasta lo increíble. Y ahora que estamos solos, hablaremos. Tenía yo ganas de que echásemos un párrafo.

FEDERICO, *sombrio*.

Y yo también.

OROZCO.

Por cierto que..., y perdona que me entrometa en tus asuntos..., creo que debiste contemporizar con ese pobrecillo Luis, tu futuro cuñado. Ya no puedes impedir el parentesco. La sociedad sanciona los matrimonios desiguales en cuanto se convence de que no puede impedirlos. ¿Por qué has de ser tú menos que la colectividad?

FEDERICO, *con ardor*.

¿Otra vez el mismo asunto? Soy un anticua-

do, y no admito en la intimidad de mi familia á personas de esa clase, de esos hábitos y de esos procedimientos amorosos, los cuales acusan una extracción villana y grosera. Y no tengo más que decir.

OROZCO.

Bueno; no es preciso acalorarse. Hártate de aborrecer..., saborea las hieles del alma. Hay personas á quienes gusta el dolor propio con tal de producir el ajeno. No te arriendo la ganancia. Has hablado de extracción villana, tontería impropia de ti.

FEDERICO.

Pues que lo sea, mejor. Tontería constitutiva, contra la cual no puedo nada, como nada podemos contra nuestro temperamento.

OROZCO.

No insisto en ello. Entiéndete con tus errores. Te estás labrando tu infelicidad.

FEDERICO.

¿Y qué?

OROZCO.

No conceptúo la infelicidad terrestre como un mal absoluto, pero debemos evitarla.

FEDERICO, *muy displicente*.

Pues á mí se me antoja no luchar contra ella. ¿Qué quieres? Será porque me he convencido de que me ha de vencer.

OROZCO.

Pesimista estás. La vida es un beneficio y no una carga.

FEDERICO.

Para mí no vale esa regla..., ni otras.

OROZCO.

Porque no quieres hacerla valer... Pero, en fin, no divaguemos, y vamos á lo concreto. ¿Adivinas el asunto de que quiero hablarte?

FEDERICO, *para sí.*

¡Dios mío, ahora es ella! (*Alto.*) Sí, me lo figuro.

OROZCO.

Augusta se encargó de tantear el terreno. Yo no quise hacerlo. Me asustaban esos relinchos que da tu falsa dignidad salvaje, y recalco la figura, porque verdaderamente es como un caballo sin desbravar... Adelante: mi mujer me ha dicho que no aceptas.

FEDERICO.

Es cierto.

OROZCO.

Dame una razón.

FEDERICO, *después de vacilar.*

Porque no puedo, porque es absolutamente imposible que acepte.

OROZCO.

Pero eso no es razón... Dame una, siquiera sea del tamaño de una lenteja.

FEDERICO.

Las tengo del tamaño de calabazas.

OROZCO.

Pues vengan. Porque no comprendo yo delicadezas extremadas hasta la sinrazón. Eso ya es ingratitud y orgullo satánico.

FEDERICO.

¡Orgullo satánico! Es que yo sostengo que Lucifer no fué malo al rebelarse... Era un ángel muy delicado.

OROZCO.

Pase como chascarrillo. Tratemos la cuestión formalmente. ¿Qué agravio recibe tu decoro con adoptar una manera de vivir que te libre de amarguras y te asegure la paz moral para toda la vida? Empieza por considerar que lo que se te ofrece no es mío: es de tu padre.

FEDERICO.

Imposible considerarlo así. Las cosas son lo que son.

OROZCO.

Bueno, pues sea de quien sea. Explicame por qué te humillan los favores de un amigo.

FEDERICO, *turbado.*

No es que me humille; es que... (*Para sí.*) Este hombre me está asesinando.

OROZCO.

¿Qué orgullo es ese? ¡Qué casta de dignidad

tan incomprensible! ¿Te rebaja el beneficio otorgado por un amigo, por un compañero de la infancia, y no te envilecen otras cosas? ¿Cómo entiendes tú el honor? Tus arbitrios angustiosos y degradantes de buscarte la vida no te sonrojan, y te sonroja lo que te propongo.

FEDERICO.

Es que mis arbitrios degradantes son hábitos, y ya no puedo vivir sin ellos. Tomás, Tomás, me duele mucho decírtelo; pero te lo diré. Soy vicioso. La idea de una vida sosa y correcta, con el bienestar acompasado de un modesto rentista, me horroriza. No quiero esa vida, no la quiero. El veneno se ha adaptado á mi naturaleza, y no puedo existir sin él.

OROZCO.

Palabrería ingeniosa. Tú no sientes lo que dices. Me engañas, y yo, al menos, merezco de ti la sinceridad. ¿Cómo pretendes hacerme creer á mí que prefieres esa vida de sobresaltos á...?

FEDERICO, *interrumpiéndole*.

Créelo, sí. Me carga la tranquilidad. No sé cómo explicártelo. Los conflictos diarios, las angustias, el no respirar, el no vivir, la excitante lucha, me producen placer insano. ¿No lo comprendes? Soy como el borracho incorregible, que se siente envenenado por el alcohol y lo apetece con todas las energías de su naturaleza.

Yo apetezco el mal, el picor terrible de las dificultades pecuniarias, las emociones del azar, con sus desmayos hondos y sus alegrías delirantes.

OROZCO.

Nada de eso pertenece á la realidad. O es desvarío de enfermo, ó una manera hábil de argumentar. Otras razones te mueven á despreciar lo que te ofrezco. Dímelas, y quizás me sea fácil rebatirlas. Imposible que dejes de comprender las ventajas de la vida decente y sosegada. ¿Sabes cuál es mi aspiración y la de Augusta, que en esto, como en todo, está de acuerdo conmigo? Pues que te entiendas con tus hermanos, y viváis juntos. Por eso te escribió mi mujer suplicándote que visitaras á Clotilde. Accediste, y pensamos que tu aquiescencia en este punto era señal de ceder también en el otro. Te propusimos el vivir con tu familia, calculando que de este modo os luciría más el pequeño capital que debéis á las travesuras de Joaquín. Porque á él, fíjate bien, á él en primer término debéis agradecerlo más que á mí.

FEDERICO.

¡No nombres á mi padre, por Dios! ¿Qué tiene él que ver con esto?

OROZCO.

Sí, porque él, inconscientemente, nos ha pro-

porcionado los medios para esta combinación feliz.

FEDERICO, *espontaneándose*.

Tuya, tuya y sólo tuya es esta idea, que tiene una cara divina y un reverso diabólico. Todo lo hermoso de ella te pertenece; bien lo sé. Conmigo no te valen tus farsas de modestia; conmigo no te sirve el desprenderte de tu corona sublime. Te conozco y sé apreciarte en lo que vales. Desgracia mía es no poder corresponder á tanta... no sé cómo llamarlo. Tomás, desprecíame, no hagas caso de mí. Yo no merezco ni que me mires siquiera.

OROZCO.

No te escapes por ese registro de los elogios, para aturdirme y apartar la cuestión de sus verdaderos términos. Por reducirte y ablandarte, soy capaz hasta de transigir con lo que más detesto, que es la vanidad, y llenarme de ella, y atribuirme virtudes y méritos, con tal que accedas á nuestra pretensión... ¿Te conviene este trato? Dime que aceptas, y yo diré que soy tu protector si así te acomoda. Por el contrario, ¿te molesta mi protección?, ¿tu orgullo se subleva contra lo que crees humillante? Pues me anularé. Nada habrá en mí que te recuerde la situación de favorecido. Es más: si quieres mostrarte ingrato conmigo, mejor, tanto mejor.

Si te da por mostrarte olvidadizo, no creas que eso me incomoda: al contrario...

FEDERICO, *con viva emoción*.

Tomás, si te digo que te tengo por sobrenatural, no expreso todo lo que siento. Cállate y déjame; no puedo oírte...

OROZCO, *deteniéndose en un portal*.

Piensa en lo que te he dicho. Yo me quedo aquí.

FEDERICO, *deseando escapar*.

Pues adiós... Si; pensaré...

OROZCO.

Adiós. *(Entra en una casa. Federico sigue.)*

ESCENA XII

FEDERICO, *solo, vagando por las calles, en estado de vivísima agitación*.

¡Ay, qué descanso!... ¡Libre de ese hombre! Huiré y me esconderé donde no pueda oír su voz, donde su mirada noble y profunda no me anonade. Imposible vivir así... Si otra vez me habla, mi sinceridad se desbordará, y le diré la verdadera causa de mi... ¡Enorme y absurda pretensión que yo acepte tal cosa! Me moriré cien veces antes. *(Reflexionando.)* ¿Pero á qué revelarle yo los motivos de mi rebeldía, si él ha de saberlos pronto? Yo confiaba, ¡menguado de mí!, en que este secreto no se descubriría fácil-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEX.

mente, y ahora resulta que no tardarán en conocerlo todos nuestros amigos, medio Madrid, y él... ¡Pero qué hombre, santo Dios! ¿Por qué le hiciste de tan rara perfección, para ponérmelo delante en la más crítica hora de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoísta sin entrañas, un envidioso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de éstos que se encuentran á centenares, á millares más bien?... No, no iré esta noche á ninguna parte donde pueda verle. No comeré en su casa. Me acosa su presencia; su voz me persigue; me espanta la idea de que si hoy consigo evitarle, no lo conseguiré mañana. ¡Tal suplicio un día y otro, y al fin...! Porque lo ha de saber. (*Inquietísimo.*) ¿No valdría más que yo se lo dijera? «Amigo mío, estoy imposibilitado para aceptar tus beneficios, porque te he robado á tu mujer.» ¡Qué locura! Esto sería denunciarla cobardemente. Vale más esperar á pie firme á que algún malicioso le revele la terrible y afrentosa verdad. Sucederá entonces lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la daré con la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! ¡Debiéramos todos pintarnos la cara con albayalde como los *clowns*, ó colgarnos cascabeles de las orejas como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mamarrachos...! (*Fijándose en un transeunte que pasa.*) Es Villalonga. Me meteré

en este portal para que no me vea. Quiero estar solo. No me agrada más conversación que la mía, y sólo estoy á gusto conmigo, como con un ser amado que se despide... Porque yo me marchó; yo no puedo vivir así. La vida, tal como la voy arrastrando ahora, es imposible. Recibir mi salvación del hombre á quien he ultrajado, imposible también. ¡Oh, quién fuera uno de estos de conciencia ancha que sólo miran su provecho! ¿Por qué hay en mi alma esta antipatía contra la protección y esta invencible repugnancia de la generosidad ajena? Ciertos agradecimientos le sumergen á uno en la inferioridad servil, y le subordinan y le rebajan. No sé por qué me inclino á detestar á los que quieren ampararme. (*Reparando en alguna persona.*) ¿No es aquél Infantillo? Aquí me escondo. No quiero ver á nadie. La voz de un amigo me molesta, como si todo el que á mí se acerca viniera con intenciones de protegerme. Es Infante, sí. Y entra en el Casino. Yo pensaba comer hoy allí; pero comeré en otra parte. ¿En dónde? Lo mismo da. ¡Lo que puede la rutina de sentarse á la mesa á determinada hora! ¡Si no tengo apetito!... ¡Si hasta me repugna la idea de alimentarme!... (*Aturdido.*) Iré á casa, y Claudia me dará algo de lo que ellas tienen para sí. Ahora me entran ganas... Vamos, comería yo esta noche una cosa muy salada, muy salada..., no sé qué..., y muy

agria, muy agria..., y después tomaria café bien cargadito... (*Entrando en un coche: al cochero.*)
Lope de Vega, 57, triplicado.

ESCENA XIII

Salones en casa de San Salomé.

FEDERICO, *después* LA SOMBRA DE OROZCO.

FEDERICO, *entrando.*

Aquí me refugio esta noche. No sé adónde ir. En esta casa no es probable que encuentre al Santo, cuya sublimidad pesa sobre mí como un peñasco que se me ha puesto sobre los hombros. Casi nunca viene aquí... No sé qué hay en mi cabeza esta noche; no puedo precisar bien lo que veo, ni estoy seguro de reconocer á las personas que á mi lado pasan. ¿No es aquél Monte Cármenes? Creo que sí; pero no lo juraría. Y aquélla, ¿no es Victoria Trujillo? Tampoco puedo responder de que sea. ¿He saludado á alguien al entrar? No lo aseguro. Me parece que sí, me parece que no. Daré una vuelta por los salones. ¡Cuánta gente! Nadie me mira. ¡Qué placer no ser advertido! Me apartaré á un sitio solitario, y me distraeré viendo caras de personas á quienes no se les ha ocurrido protegerme... ¡Oh, maldito de mí! (*Con súbito terror.*) ¿No es aquél Orozco? Y me ha visto. Desde lejos me descubre, y me clava sus ojos que despiden lumbre. Viene hacia mí. Ya no me escapo. Que me coge, que me coge.

La sombra de Orozco, con perfecta apariencia humana y vestida de etiqueta, avanza hacia Federico y le coge del brazo.

FEDERICO.

Ya, ya te veo...

LA SOMBRA.

Parece que huyes de mí.

FEDERICO.

¿Yo? No lo creas. Tanto gusto en verte. Siempre mucho gusto en verte, muchísimo.

LA SOMBRA.

Apártate aquí; charlaremos. (*Le lleva á un gabinete próximo.*)

FEDERICO, *irónicamente.*

Es lo que deseo: charlar contigo, para que me aconsejes, para que me ilumines. Eres el alma más grande que conozco.

LA SOMBRA.

¿Has reflexionado en lo que te dije?

FEDERICO.

¡Ya lo creo! Desde que nos vimos esta tarde no ha hecho tu amigo otra cosa que reflexionar. Como que con tantas reflexiones no he tenido tiempo de comer. No ha entrado en mi cuerpo esta noche más que un puñado de sal, una taza de café y después dos copas de coñac, digo, tres.

LA SOMBRA.

La sal aviva las ideas y el café las ennoblece.

FEDERICO.

Pues sí, he reflexionado, y... me confirmo en lo que hace poco te dije. No hay arreglo: déjame en la indigencia y en la degradación. El bienestar me rebajaría á mis propios ojos; necesito privaciones y padecimientos para regenerarme. Además, temo mucho que la flor de la gratitud no quiera nacer en mi huerto, y que al encontrarme favorecido no pueda amar á mi favorecedor. Vale más que busque en la penuria y en el sufrimiento los estímulos que mi alma necesita para purificarse. Quiero ser pobre, Tomás; pobre. Dirás tú: «¡qué gusto tan raro!», y yo respondo que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Añadiré una idea que quizás te sorprenda. Aunque nos hemos tratado desde la infancia, apenas me conoces, y bajo estas apariencias insustanciales escondo una austeridad de principios que á mi mismo me asusta cuando atentamente la considero. ¡No faltaría más sino que pretendieras tú monopolizar la práctica de una moral rígida!

LA SOMBRA, *con benevolencia.*

¿Yo? ¿Qué había yo de monopolizar nada, hombre? Tranquilízate, y ten toda la rigidez de principios que gustes, sin temor á mi compe-

tencia. Eso me parece muy bien, pero muy bien. (*Dándole palmadas en el hombro.*) Pero si me lo permites, he de rogarte me digas qué principios de esos tan severos que tú profesas son los que te impiden entenderte conmigo.

FEDERICO, *lleno de confusión.*

Es que con mis principios, y como complemento de ellos, se enlaza un desprecio absoluto de los bienes materiales.

LA SOMBRA, *sonriendo.*

Vocación de penitente y de anacoreta.

FEDERICO.

Tampoco es eso. Me parece que no estás tú hoy tan lúcido como otras veces. Si acertaré á explicarme. Profeso la teoría de que si somos siempre y en todo caso autores de nuestro propio mal, también debemos ser autores de nuestro bien, y debérselo todo á nosotros mismos.

LA SOMBRA, *con acento ligeramente burlón.*

¿Piensas trabajar?

FEDERICO.

¿Por que no? ¿Me crees incapacitado para el trabajo?

LA SOMBRA.

No por cierto. Pero no acabo de comprender tus principios. Seamos formales y hablemos con absoluta sinceridad.

FEDERICO, *palideciendo y temblando.*

Eso es... Sinceridad es lo que nos hace falta.

LA SOMBRA.

Me vas á explicar un enigma que observo en ti. ¿Cómo es que la aceptación de un favor mío subleva tus austeros principios, y no los contraría tu trato infame con persona de tan bajo nivel moral como *La Peri*?

FEDERICO, *aterrado.*

¡Yo! ¿Qué dices? ¿De dónde has sacado eso? ¿Por dónde lo sabes? Es absurdo y no tiene fundamento alguno.

LA SOMBRA.

De esa pájara aceptas tú auxilios que te envilecen á ti tanto como á ella, pues ya sabes que Leonor, cuando estás ahogado y no halla modos hábiles de socorrerte, se va del seguro y hace trampas en el juego..., le sustrae á su marqués billetes escamoteándole la cartera que lleva en el bolsillo..., y por fin imagina planes industriales asociada contigo, establecimientos de infame comercio, timbas á estilo de Montecarlo...

FEDERICO, *dando diente con diente.*

Eso no es verdad. Lo dice, si; lo dice, pero ten por cierto que no lo hace. Es que da bromas, como tú, fingiendo codicia y maldad. Te propones humillarme con esas historias, y no lo conseguirás, no lo conseguirás. Que *La Peri*

y yo nos auxiliemos reciprocamente, nada tiene que ver con mis principios. Tú, como la generalidad de las personas, no ves más que la moral de relación. La absoluta, la moral fina, no la ves: eres muy miope. (*Con grandísima zozobra.*) Y otra cosa, Tomás: ¿Qué idea te has formado tú de Leonor? La idea vulgar, la idea de los cortos de vista, que no ven más que el bulto de las cosas. *La Peri* es una señora ..., para mí al menos... Y pongo mi cabeza á que no ha sido ella quien te ha contado eso. Es en este punto la discreción personificada. ¿Acaso lo has pensado, lo has discurrido tú, sin que te lo dijera nadie? (*La Sombra contesta afirmativamente con la cabeza.*) No, no has formado idea exacta de mis relaciones con Leonor... Sería preciso que yo te las explicase..., y lo haría si ahora mi cabeza no propendiese á embarullar las ideas. No lo veo claro yo tampoco, no lo veo muy claro; pero te diré que Leonor es mi amiga, la única persona en el mundo con quien tengo verdadera amistad, y esa confianza, Tomás, esa flor humilde y casera, que no nace sino en el terreno de la comunidad de sentimientos. Entre Leonor y yo hay un lazo moral, que será, visto desde fuera, muy feo, pero que por dentro es de lo más puro, créelo, de lo más puro que puede existir. (*Inquietísimo, observando expresión de incredulidad y burla en el rostro de La Sombra.*) ¿Pero no lo entiendes?

LA SOMBRA, *festivamente*.

Eso no lo entiende nadie.

FEDERICO.

¡Nadie! ¿Y si yo te dijera que, existiendo entre los dos esa leal confianza, no tengo amores con ella? Los amores van por otro lado, ¡ay!, amores sin raíces, como los que contraemos con las mujeres de vida ligera para distraernos y engañar las penas, amores de imaginación, que producen ratos deliciosos, pero que dejan el corazón vacío y el alma sedienta. Tampoco entiendes esto, ¿verdad?

LA SOMBRA.

Eso sí.

FEDERICO.

Te estoy contando lo que no debes saber; pero la culpa es tuya. ¿Para qué excitas mi sinceridad? Queda siempre en pie el misterio inexplicable para ti: ¿por qué no acepto tu donativo? Pues sencillamente porque no me da la gana. ¿Lo quieres más claro? (*Acalorado y descompuesto.*) Y si te empeñas en que riñamos, reñiremos. Por mí no ha de quedar. Prepárate, y elije la forma de reñir que más te agrade y en que veas más probabilidad de vencerme. Porque tú debes triunfar y yo debo sucumbir.

LA SOMBRA, *flemáticamente*.

No veo por qué razón ha de haber en esto vencedores ni vencidos. Tú eres dueño de tu vo-

luntad y de tu porvenir. No me siento ofendido por tu afición á la pobreza ni por tus simpatías hacia *La Peri*. Buen provecho te hagan.

FEDERICO.

Lo que yo sé es que así no puedo vivir.

LA SOMBRA, *con afecto*.

Expíciate mejor; no tengas para mí secretos.

FEDERICO, *doloridamente*.

No te canses, Tomás. Yo no puedo declararme á ti. Pero lo que mi lengua no acierta á decirte, cien lenguas del mundo te lo dirán. Francamente, no me importa nada que me mates.

LA SOMBRA.

¿Matarte? Si tu vida es un suplicio, quitártela es hacerte un bien; y como tú no quieres aceptar de mí favor alguno, te dejaré vivo y pobre. (*Riendo.*) ¿No es ese tu gusto?

FEDERICO, *aturdido*.

Sí, sí. Y ahora... te hablaré con franqueza. ¡Cuánto te agradecería que te marchases! Tu presencia me mortifica horriblemente, y si no he huído de ti, es porque no puedo moverme. Yo no sé lo que tengo.

LA SOMBRA, *levantándose*.

No deseo más que complacerte.

FEDERICO.

¿No te gusta á ti la ingratitud? Pues en mí

tienes lo que más puede agradarte. ¿Estás contento de mí?

LA SOMBRA.

No, porque la ingratitud que á mí me entusiasma es la de los que reciben un beneficio mío, y tú lo rechazas.

FEDERICO.

Pues hazme el beneficio inmenso de no ocuparte de mí. No me mires, no me hables.

LA SOMBRA, *sonriendo*.

¡Ingrato! Si no deseo más que tu bien...

FEDERICO, *suplicante*.

Por Cristo, olvídate de mí.

LA SOMBRA.

Yo te digo á ti que no me olvides. (*Con humorismo*.) Soy algo pesado, ¿verdad? Vaya, descansa de mí un momento... Pero nos veremos otra vez. (*Estrechándole la mano*.) Sabes cuánto se te estima... (*La Sombra se aleja. Federico sale del salón*.)

ESCENA XIV

Calle.

FEDERICO, *solo, andando muy á prisa*.

¡Cómo está mi cabeza! ¿Pues no me entra la duda más espantosa que jamás agitó mi espíritu? ¿He hablado yo con Orozco en casa de San Salomó, ó es ficción y superchería de mi

mente? No puedo asegurar nada. Yo le he visto, yo he hablado con él... La realidad del hecho en mí la siento; pero este fenómeno interno, ¿es lo que vulgarmente llamamos realidad? Lo que yo he dicho cien veces: no hay bastantes palabras para expresar las ideas, y deben inventarse muchas, pero muchas más. Que yo le vi y le hablé, no es dudoso para mí, y me parece que le oigo todavía. Pero un sentimiento vago de las cosas exteriores me dice que aquel encuentro es obra de mis propias ideas... (*Escudriñando en su espíritu*.) ¿Pero es cierto que hablamos Orozco y yo en esa casa? ¿Estuve yo realmente en ella? Vamos á ver: concretemos. (*Parándose*.) ¿En dónde has estado desde las diez?... No acierto á precisarlo. Sea lo que quiera, realidad por realidad, lo mismo da una que otra... Despéjate, cabeza. ¿Adónde iré para calmar mi afán? ¿Cómo pasaré las horas de esta triste noche que no se acaba nunca? Cien veces he mirado el reloj sin enterarme... Mirémoslo con la atención debida: las once y media. ¡Temprano, siempre temprano! (*Vuelve á andar presuroso*.) Necesito desahogar mi corazón confiando mis inquietudes á alguien. ¿Pero á quién? Se las contaría yo á Leonorilla; pero no es hora de ir allá. De noche no puedo, no sé ver en ella á mi amiga querida. A estas horas encontraré la casa toda llena de... hombres. ¡Desgracia inmensa para mí, que